

Si no le mirabas la cara, parecía tener menos de treinta años. Su cuerpo era ágil y esbelto como el de una muchacha. Su manera de ir vestida reafirmaba esa impresión: un traje sastre de lanilla y tacones altos, que ponían en tensión sus pantorrillas recubiertas por el nailon. Sin embargo, había una expresión de pesar en sus ojos y tirantez en su boca. Los ojos eran de un azul oscuro y ligeramente estrábicos. Lo veían a uno claramente, pero al mismo tiempo miraban más allá. Tenían edad para contemplar retrospectivamente, y escondían más cosas que los ojos de una muchacha. Unos treinta y cinco años, pensé, y aún es atractiva.

Permaneció en la puerta sin hablar durante un tiempo lo bastante largo para que yo pensara todas esas cosas. Sus dientes mordisqueaban el interior del labio superior, y sostenía con ambas manos su bolso negro de ante al nivel de la cintura. Dejé que el silencio se prolongara. Ella había llamado y yo había abierto la puerta. Indecisa o no, no podía esperar que yo la levantara en vilo por encima del umbral. Ya era una mujer hecha y derecha, y había venido por alguna razón. Su actitud delataba preocupación y ansiedad.

—¿El señor Archer? —dijo finalmente.

—Sí. Pase usted.

—Gracias. Disculpe mi vacilación. Seguro que le he hecho sentirse como un dentista.

—Todo el mundo odia a los detectives y a los dentistas. Nosotros también.

—¿Sí? La verdad, nunca he ido al dentista.

Sonrió como para ilustrar su afirmación y me tendió la mano con soltura. Era una mano fuerte y morena.

—Ni a ver a un detective —agregó.

La acomodé en una silla junto a la ventana. La luz no parecía importarle. Su cabello era de color castaño natural, sin una sola cana, al menos que yo pudiera ver. Tenía el rostro despejado y tostado. Me pregunté si toda ella sería despejada y tostada.

—¿Qué muela le molesta, señora...?

—Discúlpeme. Me llamo Maude Slocum. Siempre olvido los buenos modales cuando estoy alterada.

Se excusaba demasiado para ser una mujer con esa figura y esa ropa.

—Mire —dije—, tengo piel de rinoceronte y corazón de hierro. He trabajado en divorcios en Los Ángeles durante diez años. Si logra contarme algo que no haya oído nunca, donaré mis ganancias de una semana para obras de caridad en Santa Anita.

—¿Y hace bien su trabajo en casos oscuros, señor Archer?

—La oscuridad me aterroriza, pero la gente es peor.

—Sé lo que quiere decir.

Sus bellos dientes blancos comenzaron de nuevo a atacar la cálida boca.

—Cuando era más joven —agregó— pensaba que la gente estaba dispuesta a vivir y dejar vivir, ¿sabe? Ahora no estoy tan segura.

—Pero no ha venido aquí esta mañana para hablar de la moral en abstracto. ¿Tiene algún ejemplo concreto?

Después de una pausa, respondió:

—Sí. Ayer sufrí un golpe muy duro.

Me miró a la cara y luego detrás de mí. Sus ojos eran tan profundos como el mar más allá de Catalina.

—Alguien está tratando de destruirme.

—¿De matarla, quiere decir?

—De destruir las cosas que me importan. Mi marido, mi familia, mi hogar. —El ritmo de su voz titubeó y luego decayó—. Me resulta tremendamente difícil contárselo. La cuestión es tan privada...

Volvemos a las andadas, me dije a mí mismo. Una verdadera mañana de confesión con Archer, el sacerdote sin sotana.

—Debería haber ido al City College a estudiar odontología: para dedicarme a algo más simple e inocuo, como extraer muelas. Si realmente necesita mi ayuda, tendrá que decirme qué puedo hacer. ¿La ha enviado alguien aquí?

—Me lo recomendaron. Conozco a un hombre que es policía. Me comentó que era usted honrado y discreto...

—Es raro que un policía comente eso de mí. ¿Podría decirme su nombre?

—No, no puedo.

La sola idea pareció alarmarla. Sus dedos se crisparon sobre el bolso de ante negro.

—Él no sabe nada de esto.

—Tampoco yo. Y a este paso ya veo que no me enteraré nunca.

Dejé escapar una sonrisa y le ofrecí un cigarrillo. Ella lo aspiró sin placer, pero pareció relajarse un poco.

—¡Maldita sea! —El humo la hizo toser—. He estado despierta toda la noche tratando de decidirme y todavía no he podido lograrlo. Nadie está enterado, ¿sabe? Me resulta muy difícil decírselo a alguien. Después de dieciséis años se acostumbra una al silencio.

—¿Dieciséis años? Creí que le ocurrió ayer.

Se ruborizó.

—Sí, claro. Sólo estaba pensando en el tiempo que llevo casada. Esto tiene mucho que ver con mi matrimonio.

—Ya me imagino. Soy bueno resolviendo adivinanzas.

—Perdóneme. No he querido ofenderle.

Su contrición era inesperada en una mujer de su clase. No encajaba con trajes de cien dólares.

—No es que piense que usted vaya a ir diciéndolo por ahí o a tratar de chantajearme...

—¿Alguien está tratando de chantajearla?

La pregunta la pilló desprevenida y se sobresaltó. Volvió a cruzar las piernas y se inclinó hacia delante.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Entonces estamos igual.

Saqué un sobre del cajón superior de mi escritorio y comencé a leer la hoja fotocopiada que había dentro. Me enteré de que tenía una probabilidad contra tres de ingresar el año próximo en un hospital, de que estaba desprotegido sin un seguro médico y de que quien vacila está perdido.

—Quien vacila está perdido —dije en voz alta.

—Se burla de mí, señor Archer. Pero ¿cuál es el trato? Si se hace cargo del caso, naturalmente actuará de acuerdo con mis intereses. Sin embargo, si no es así y yo le informo de lo que sucede, ¿puedo confiar en que olvidará el asunto?

Dejé que mi irritación se filtrara en la voz y esta vez no sonreí ni hice gesto alguno.

—Vamos a olvidar esto. Me está haciendo perder el tiempo, señora Slocum.

—Ya lo sé. —Había en su voz un tono de disgusto consigo misma, tal vez más del que debía haber—. Todo esto ha supuesto un golpe para mí, un golpe a traición.

Luego habló con repentina decisión y abrió el bolso con sus rígidos dedos blancos.

—Creo que debo permitir que la lea. Ahora no puedo volver a casa y esperar a que llegue otra.

Miré la carta que me tendía. Era breve e iba al grano, sin encabezamientos ni firma.

Estimado señor Slocum:

Los lirios que se pudren huelen peor que las algas. ¿Puede usted disfrutar haciendo el papel de cornudo complaciente? ¿O es que, curiosamente, ignora las actividades amorosas de su mujer?

El mensaje estaba escrito a máquina en una hoja de papel barato que había sido doblada hasta alcanzar un tamaño que cupiera en un sobre pequeño.

—¿Iba en algún sobre esto?

—Sí.

Hurgó en el bolso y me tendió un sobre blanco arrugado dirigido a: Sr. D. James Slocum, Trail Road Nopal Valley, California. El matasellos se leía con claridad: Quinto, Calif., 18 de julio.

—Hoy es miércoles —dije—. Fue enviada el lunes. ¿Conoce a alguien en Quinto?

—A todo el mundo. —Esbozó una sonrisa tensa—. Está a pocos kilómetros de Nopal Valley, donde vivimos nosotros. Pero no tengo ni la más remota idea de quién puede haberla enviado.

—¿Ni de por qué?

—Supongo que tengo enemigos. La mayoría de la gente los tiene.

—Doy por sentado que su marido no la ha visto. ¿James Slocum es su marido?

—Sí. No la ha visto. Estaba trabajando en Quinto cuando llegó. Habitualmente voy en bicicleta hasta donde nos dejan el correo.

—¿Él tiene negocios en Quinto?

—Negocios no. Trabaja mucho con Actores de Quinto, un grupo de teatro semiprofesional. Esta semana ensayan todas las tardes...

—¿Lee habitualmente las cartas de su marido? —la interrumpí.

—Sí. Los dos leemos las cartas del otro... No esperaba ser interrogada, señor Archer.

—Una pregunta más. ¿Es verdad lo que dice la carta?

La sangre enrojeció la piel clara de su rostro y sus ojos brillaron.

—No esperará que yo responda a esa pregunta.

—Muy bien. No estaría aquí si no fuera cierto.

—Al contrario —dijo.

—¿Y quiere que yo descubra quién envió la carta y lo lleve a juicio?

—¡Oh, no! —contestó sin astucia—. Sólo quiero que deje de enviar cartas. No puedo estar vigilando el buzón del correo para interceptar sus cartas ni puedo resistir la tensión de esperar y estar en la incertidumbre...

—Además, la próxima nota se la pueden entregar a él personalmente. ¿Importaría mucho que él la leyera?

—Importaría muchísimo.

—¿Por qué? ¿Es celoso y se pone violento?

—En absoluto, es un hombre muy tranquilo.

—¿Y está enamorada de él?

—Me casé con él —dijo—. Y no lo he lamentado.

—Si su matrimonio es sólido, no tiene que preocuparse por uno o dos anónimos.

Arrojé la carta sobre el escritorio y la miré. Su boca y sus ojos tenían una expresión atormentada.

—Sería el golpe de gracia. Tengo una hija que todavía va al colegio. Simplemente no permitiré que eso suceda.

—¿Qué?

—Una ruptura y un divorcio —respondió con aspereza.

—¿Es lo que sucedería si eso llegara a manos de su marido? —pregunté mientras señalaba con la punta del cigarrillo la hoja de papel blanco.

—Me temo que sí, señor Archer. Podría enfrentarme con James, pero él se lo diría a su madre y ella contrataría detectives.

—¿Podrían encontrar motivos de divorcio? ¿Hay alguna prueba contra usted?

—Debe de haberla —respondió con amargura—. Alguien sabe. Movié todo su cuerpo rápidamente, retorciéndose como un gusano en un anzuelo. Por un momento maldijo su condición femenina.

—Esto es muy penoso para mí.

—Me lo imagino —dije—. Mi mujer se divorció de mí el año pasado. Crueldad mental extrema.

—Creo que usted podría ser capaz de eso —hablaba con amable malicia en su voz; luego su tono cambió nuevamente—. Por favor, no piense que tomo el divorcio a la ligera. Es lo último que haría.

—¿Por su hija, dice usted?

Reflexionó un momento.

—Sí, sobre todo por ella. Yo fui hija de padres divorciados y sufrí mucho por eso. También hay otras razones. Mi suegra se alegraría mucho.

—¿Qué clase de mujer es? ¿Puede haber sido ella quien enviara la carta?

La pregunta la sorprendió y tuvo que pensar otra vez.

—No. Estoy segura de que no fue ella. Actúa mucho más directamente. Es una mujer decidida. Como le dije, no tengo idea de quién puede haberla enviado.

—Cualquier persona de Quinto, pues. Una población de veinticinco mil habitantes, ¿no? O alguien que pasó por Quinto el lunes. Es una situación bastante difícil.

—Pero ¿tratará de ayudarme?

No era muy propio de una dama colocarse en la silla en actitud suplicante y dramatizar su ruego, aunque cabía la posibilidad de que no fuera una dama.

—Llevará tiempo y no puedo prometerle resultados satisfactorios. ¿Tiene dinero, señora Slocum?

—Supongo que no reservará sus servicios exclusivamente para los ricos —dijo, y recorrió con la vista el despacho sencillo, pequeño y cuadrado.

—No gasto el dinero en apariencias, pero cobro cincuenta dólares por día, más los gastos. Le costará cuatrocientos o quinientos dólares por semana, y con lo que tengo para empezar, esto puede llevarme todo el verano.

La mujer se tragó su desaliento.

—Francamente, no soy rica. En la familia hay dinero, pero James y yo no lo manejamos. Todo lo que tenemos es la renta de unos cien mil.

—Tres mil quinientos.

—Menos. La madre de James controla el dinero. Vivimos con ella. Sin embargo, dispongo de algo que he ahorrado para la educación de Cathy. Puedo pagarle quinientos dólares.

—No puedo asegurarle que logre nada en una semana, ni en un mes.

—Pues tengo que hacer algo.

—Creo que sé por qué. La persona que escribió esa carta probablemente sabe algo más concreto, y usted tiene miedo de la próxima.

No respondió.

—Me ayudaría bastante que me dijera qué es lo que hay que saber.

Sus ojos sostuvieron fríamente mi mirada.

—No veo la necesidad de que yo confiese que soy adúltera ni de que usted suponga que tengo algo que confesar.

—¡Maldita sea! —dije—. Si me veo obligado a trabajar en el vacío, perderé el tiempo.

—Se le pagará por ello.

—Entonces tirará usted su dinero.

—No me importa.

Volvió a abrir su bolso, contó diez billetes de veinte dólares y los colocó sobre una carpeta del escritorio.

—Ahí tiene. Quiero que haga lo que pueda. ¿Conoce Nopal Valley?



—He pasado por allí, y también conozco un poco Quinto. ¿Qué hace su marido con Actores de Quinto?

—Es actor, o piensa que lo es. No debe tratar de hablar con él.

—Tendrá que dejarme proceder a mi manera, o de lo contrario me quedo en mi oficina leyendo un libro. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Puede telefonarme a casa. Nopal Valley está en la guía telefónica de Quinto. Busque el nombre de Olivia Slocum.

Se levantó y la seguí hasta la puerta. Observé por primera vez que la espalda de su hermoso traje estaba desteñida. Había una tenue línea alrededor del borde de la falda donde el dobladillo había sido bajado. Sentí pena por la mujer y me gustó.

—Iré allá esta mañana —dije—. Vigile el buzón del correo.

Cuando se fue, me senté detrás del escritorio y contemplé la carpeta sucia. Encima estaban la carta y los billetes de veinte, los unos al lado de la otra. Sexo y dinero, las dos raíces del mal. El cigarrillo olvidado de la señora Slocum humeaba en el cenicero con una marca de lápiz de labios, como una débil aureola de sangre. Olía mal y lo apagué. Guardé la carta en el bolsillo interior de mi chaqueta y el dinero en la cartera.

Cuando bajé, en la calle la temperatura alcanzaba los treinta grados. En el cielo, el sol ascendía hacia el cenit.